

más amplios horizontes, para conferirle objetividad, para salir al exterior...» Una lectura terapéutica, sin duda. Es curioso, sin embargo, que V. W. en ningún momento —al menos en los fragmentos que conocemos del *Diario de una escritora*— reconozca, más allá de los conocimientos nuevos, ese territorio común que ambos —con distinto propósito— exploran: las infinitas complejidades del yo, el mundo de los sueños, las fantasías, los deseos. Porque en V. W. ésta es la verdadera materia de su obra. Desde *Fin de viaje* hasta *Entre actos*, su última novela, la variedad de personajes, las diferentes situaciones, los escenarios cambiantes, no parecen sino pretextos para bucear en el interior del ser humano, afinando cada vez más su capacidad de captación y el lenguaje para expresarlo.

Toda su creación es un empecinado viaje interior, único viaje que de verdad le interesa. Los otros son el espectáculo, algo que ocurre fuera. En España «la desnudez y belleza (del paisaje de Toledo y de Zaragoza) les dejó atónitos», cuenta Quentin Bell. «Viajaron por el norte de Italia hasta Venecia, que, después de España, les pareció un lugar cómodo, pero monótonamente civilizado.» Florencia no la apasionó, el recorrido por Grecia sólo logró atraparla por momentos. A poco, los viajes la cansan, la abruman. Y, además, ¿para qué fatigarse con desplazamientos exteriores si desde su living de Tavistock Square puede «ver», por ejemplo, paisajes fabulosos, como esa Argentina que atribuye a Victoria Ocampo, donde «hace mucho calor y veo mariposas nocturnas posándose en flores plateadas. Pero ¿en pleno día?». O el desafortado deshielo del Támesis que presencia Orlando:

Era como si una fuente de azufre (opinión que favorecieron muchos filósofos) hubiera brotado de las regiones volcánicas inferiores y hubiera reventado el hielo con tal vehemencia que barría y apartaba furiosamente los fragmentos enormes... El río estaba sembrado de témpanos. Algunos eran amplios como una cancha y altos como una casa; otros no eran mayores que un sombrero de hombre, pero fantásticamente retorcidos...

Sí, evidentemente, para V. W. «la única vida excitante es la vida imaginaria», como ella misma dice. En todo caso, el único paisaje necesario, el único que necesita retener, es el paisaje inglés. En muchas de sus páginas vuelve al St. Ives de su infancia, a Cornualles, a Sussex: el mar, los *downs*, espacios abiertos en donde se reencuentra. Y también está Londres, que la estimula. Y los interiores ingleses, con «un cómodo sillón al lado del fuego, un libro y crisantemos en un vaso de cristal sobre la chimenea», habitaciones aparentemente comunes y, sin embargo, «atestada de esos tímidos seres de luz

y sombras con cortinas agitadas por el viento, pétalos cayendo, cosas que no ocurren, o eso parece, cuando alguien está mirando». Habitaciones con una vida secreta, misteriosos espacios interiores, en los que, como diría Lacan, el ojo capta el exterior y las cosas nos miran. En ese punto preciso, en ese *verse viendo*, es donde el discurso de V. W. alcanza mayor libertad, cuando sus personajes dejan hablar a su conciencia, traspasada de elementos no conscientes, cuando el monólogo interior nos transmite la labilidad entre el espacio de fuera y el de dentro.

#### LOS AZULES CRISTALES

«Es aburrido caminar por la carretera, sin ventanas por las que mirar, sin legañosos ojos de azules cristales por donde ver la calle», piensa Jinny en *Las olas* y la reflexión parece de la Alicia de Carroll.

Abiertos o cerrados, esos espacios (incluso los oníricos que aparecen con frecuencia) sólo interesan cuando se los puede ver con los «azules cristales» de Jinny, cuando dicen más que una mera descripción y se transmutan en símbolos que dan otra dimensión al relato. Desde allí, desde ese punto, parte V. W. para recorrer esa zona cambiante, huidiza, donde se mezclan lo real y lo irreal, y los objetos del mundo exterior —uno cualquiera— sirve como pretexto para desencadenar la fantasía. Una avalancha de imágenes, sensaciones —fugitivas y, sin embargo, precisas—, asociaciones desordenadas son los fragmentos con los que V. W. recompone a saltos y como en un espejo roto la continuidad de la vida. De la realidad, íbamos a decir. Pero la realidad woolfiana es fragmentaria y, además, excepcional; «una sensación intensa y asombrosa de que algo que está ahí es eso. No se trata exactamente de belleza. Se trata de que la cosa en sí basta: es satisfactoria y completa». Algo similar a lo que los sabios orientales dicen que se alcanza en el nirvana. Sólo *momentos, momentos* en los que el tiempo se congela y se convierte en tiempo puro, es decir, en eternidad. Una eternidad válida por frágil, por fugaz. Si continuaran nos sumirían en el vacío. En cambio, esas «revelaciones» nos devuelven al mundo cotidiano, en el que

como agua que chorrea por los muros de mi mente, como aguas reunidas, el día cae copioso y esplendente.

O triste y desolado. Porque lo nuestro es eso: vivir en el tiempo. La eternidad que no sea de un instante es tal vez más atroz.

Mira, el lazo en el trazo del número comienza a llenarse de tiempo, contiene el mundo en su interior. Comienzo a trazar un

número y el mundo queda enlazado en él, y yo estoy fuera del lazo, que ahora cierro —así—, sello y completo. El mundo forma un todo completo, y yo estoy fuera de él, llorando, gritando «¡Salvadme de ser expulsada para siempre del lazo del tiempo!», dice Rhoda en *Las olas*.

El tiempo cronológico es inexorable. El otro, el interior (el bergsonian) está lleno de resquicios por donde escapar, de *momentos* reveladores que crean la ilusión de lo duradero. Gracias a «ese maravilloso desacuerdo del tiempo del reloj con el tiempo del alma» la vida es infinita y pasa como un rayo.

## UNA ESCRITURA FEMENINA

A finales del siglo XVIII, se produjo un cambio que yo —dice Virginia Woolf—, si volviera a escribir la Historia, trataría más extensamente y consideraría más importante que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir.

Origen de la literatura femenina; un hecho doblemente subversivo. Si escribir siempre lo ha sido, a esto se agrega la irrupción de la mujer —aunque de un modo tímido y receloso— en un dominio hasta entonces reservado al hombre.

En un tono muy próximo, casi confidencial, V. W. va enhebrando la historia de esa escritora que, desde los límites que le impone su campo de observación —la sala de estar—, gana otros espacios, acrecienta sus experiencias vitales. Allí encontramos a esa mujer que se debate entre su fuerza creadora y la falta de instrumentos para expresarse, con sus titubeos, sus dudas y vacilaciones.

Desprovista de un lenguaje propio, con una frase y un ritmo hechos por el hombre, esa mujer —que son muchas— se ve enfrentada a la necesidad de «crear un estilo de prosa que expresara plenamente su modo de pensar». Tarea nada fácil, por cierto. Los jueces siempre están dispuestos a acumular acusaciones: se delinque por falta o por exceso. Falta de lógica, de imaginación, de dominio del lenguaje, etc., o exceso de subjetivismo, de efusiones sentimentales, de anécdotas banales. Ni una prosa blanda, dulzona y tonta —que se tiene por «femenina»—, ni «añadir espinas superfluas» por miedo a ser incluida en el esquema anterior, señala V. W. Ejercicio lento, exigente, equilibrado, el de hallar una expresión autónoma.

Son bien conocidas las condiciones que V. W. enuncia como indispensables para la mujer que quiera escribir: tener independencia económica y una habitación propia. *Una habitación propia* es el títu-